

NEVANDO EN LA GUINEA

Tres erres: resistencia, respeto, rebeldes

AÑO 2. OCTUBRE DE 2019

N.º 6.

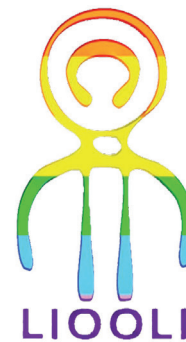


www.cuadernodebidaxune.blogspot.com.es



Foto: Pinterest

www.lioolimixturas.com
www.capplannetta.com



N.º 6. Año 2
OCTUBRE DE 2019

CONSEJO EDITORIAL

Cecilio Olivero Muñoz

Juan A. Herdi

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

maquetadores.org

ILUSTRACIONES

Cecilio Olivero Muñoz

DEPÓSITO LEGAL N.º pp 2 0 1 9 0 2 DC58 789

Realizado en: Madrid-Bilbao-Barcelona.

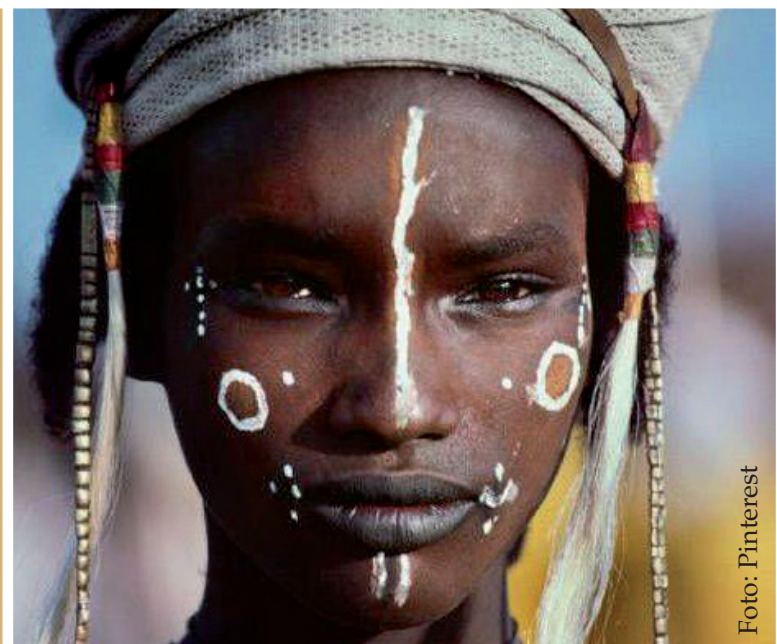



Foto: Pinterest

EDITORIAL VI



Durante siglos Europa se ha erigido en faro para el mundo entero. Su modelo económico, social, político y cultural se ha proyectado más allá de las fronteras europeas, presentándose a menudo como el más idóneo y casi el único a seguir. Y en gran medida es cierto que algunos valores universales –libertad, democracia, derechos humanos– han tenido en Europa su origen y se han logrado establecer o se sigue luchando por ellos, muchas veces con un sacrificio enorme.

Sin embargo, no podemos dejar de escandalizarnos por el triste espectáculo de este último verano, un espectáculo que desde luego no ha tenido nada de ejemplar ni nos ha reconfortado en absoluto haber asistido a tanta miseria moral ante lo ocurrido en el Mediterráneo, el mar que, recordemos, atravesara Ulises haciendo siempre gala de camaradería, solidaridad y justicia, y hoy escenario de la más absoluta ignominia, con miles de personas muriendo ante la pasividad de los Estados europeos, aquellos que se reafirman orgullosos en sus valores democráticos.

Parta de antemano que no pretendemos opinar sobre el modo de legislar el problema de las emigraciones o sobre la conveniencia o no de una determinada ley de extranjería. No es nuestra función. Pero no es de esto de lo que hablamos, no son cuestiones políticas ni partidistas las que no ha llenado de zozobra este verano, ha sido asistir, por el contrario, al más absoluto desprecio por la vida humana, la dejadez ante la desgracia ajena y comprobar que lo que se ha echado por la borda son unos valores que Europa dice defender.

Porque con independencia de que acojamos o no, asilemos o les rechazemos, demos o no refugio, regulemos los permisos de residencia o se les aplique estrictas normas de extranjería, por encima de todo esto o de cualquier otra

consideración está la vida, la vida humana, y aquí no podemos transigir, no se puede exigir que se pida permiso para rescatar a seres humanos a la deriva, para salvarles la vida. No podemos admitir incluso que se bromea sobre lo más básico, que es el infortunio de todas estas personas.

Porque sin vida no hay cultura que valga, no hay literatura, ni música, ni cine ni nada que valga la pena. Todo es secundario ante el drama de la muerte por inanición, ante la tragedia de la desesperación en estado puro que lleva a arriesgar la vida propia o la de las familias que intenten llegar a las costas europeas. Puede que la solución, como dicen algunos, no sea abrir fronteras, o tal vez lo contrario, cada uno de nosotros tendrá una opinión al respecto o ninguna, pero lo que no podemos admitir es que la única alternativa sea la muerte, dejarlos morir, omitir cualquier ayuda e impedir que quienes pretendan salvar vidas lo hagan.

Porque cuando alguien puede perder su vida en el mar, lo prioritario es salvarlo, todo lo demás pasa a un segundo plano. Lo ha reconocido incluso un político nada sospechoso de connivencia con la emigración irregular como es García Albiol cuando el Open Arms estaba en Badalona sin autorización para salir del puerto. Lo prioritario es salvar las vidas de estas personas, afirmó, y después viene la aplicación de las leyes. Es algo que le honra, estemos o no de acuerdo con las políticas que defiende.

No entender que, por la propia historia de Europa no exenta de tragedias y genocidios, la vida humana debería ser el eje de los valores europeos que tanto se afirma defender es no entender nada, y cuando en los discursos políticos se obvia este aspecto o se mira a otra parte se retrocede de forma brutal como sociedad. Y en una sociedad así no vale la pena siquiera la cultura.

LA HERENCIA DE MI PADRE

Lo siento porque de veras yo lo tengo
un buen padre al que abrazar
y del que a diario yo aprendo,
un padre de una infancia para apretar
el puño y decir mil veces lo siento,
porque una vida es dura cuando al pagar
no se sabe ni de tregua ni arrepentimiento,
un padre por el que vale un Perú caminar
y no tener que repetir un lo siento
para sentir la vida dura de verdad,
porque no se mendiga el aliento
y tener fijo el resuello es vida con dignidad.
Mi padre olía a jara, romero y herrumbre
y el resuello deja rastros de precariedad,
de su estirpe en una luz de una lumbre
que no sabían de un milagro que otorgar
a la caridad de quien no incumbe
la miseria ebria y la juventud de orfandad,
pues en su tierra se entiende la servidumbre
como una obligación en la llaga carnal.
La herencia de mi padre es lo que me queda,
olores, recuerdos, piñonates y pestiños,
es una herencia más valiosa para quien pueda
vivir en armonía con su mujer y sus niños,
mientras viendo el Barça recuerda
la vida de callo sudado y el dolor sin aliños,
porque reprimir el llanto pone a prueba

CECILIO OLIVERO

y hay que ser bueno para heredar cariños,
y no ser un presumido que tocó breva
sin pregonarlo si aún se te ven los piños.
Suerte tuvo quien lo sintió como abuelo,
decir es poco cuando la vida enseña
que es mejor dar que recibir el consuelo,
cuando los tiempos malos la maldad preña
pero él lo malo tradujo en no caer al subsuelo,
de esos de quien merodea con la paja, con la leña,
aunque el prefiera un guiso con gurumelo
pues mi herencia es lo que a mí me enseña,
mi padre me cayó del mismísimo cielo
aunque él los elogios con sabiduría desdeña.

AGUA CALIENTE DE SOL

Agua en cubos caliente de sol,
parir es el hoy, la fragancia fue en mayo;
cuando el dios del esparto frota tu yo
canturrea mientras te das un baño,
oí mi nombre con cariñoso algodón
y con tu voz dabas caricia y milagro,
te nace la tarde en tu gran corazón
y una pregunta acude al dolor descalzo.
Te contestan en el silencio con tos
y se persigna un destino en cada mano;
cabén mil suspiros en esta canción,
tapiz con pavos reales y papagayos,

MUÑOZ

cabe en este sueño vainilla un amor,
un ruiñeñor, y tres niñas cuentan rebaño,
cabe pacato baile con despertador,
cabe lo precario, cabe un tiempo huraño,
cabe una prisa ajena y doña coliflor,
una risa, una pena, una siembra en vano,
cabe agua en cubos caliente de sol,
cabe una tristeza que mira hacia abajo,
sin ti, ninguna navidad será luz y color,
tu calor partirá como parte el verano,
si en la paella de domingo, tú eres el arroz,
también eres fuerza e instinto, lo cotidiano,
eres moral despierta, sentimental educación,
sacrificio que se levanta temprano,
agua en cubos caliente de sol
te imitan auroras, te olfatean el rastro,
agua en cubos caliente de sol,
tu sombra atrae refugios en su simulacro,
cada veinte de marzo es un sí y es un no
y una vértebra agota su función de diario,
finges desdén ensayado tras tu emigración
un telón que sube torpe en cada entreacto,
así es la vida, dureza y tesón,
y espejo del mundo inmundo hecho teatro.
Agua en cubos caliente de sol,
la sepultura espera,
cada final tiene un último acto.

CONTENIDO

RESEÑAS / ¿Está bien pegarle a un nazi?. Jaime Rubio Hancock.....	9
RELATO / Final de fiesta. Juan A. Herdi.....	10
RELATO / No es un día cualquiera. Pedro de Andrés.....	14
POESÍA / Poema con vocación de lumbre/Parque El Paraíso (Distrito de San Blas). Luis Miguel Rodrigo González	16
RELATO / Encadenados. Mari Carmen Azkona.....	17



¿ESTÁ BIEN PEGARLE A UN NAZI?

Jaime Rubio Hancock

Libros del KO

Llama la atención que justo cuando la asignatura de filosofía cada vez tiene menos peso en la enseñanza de niños y jóvenes se dé un mayor interés por ella. Lo avala el que haya un repunte de estudiantes que se matriculan en esta disciplina en la universidad y un aumento de lectores de libros de filosofía, de reflexión sobre cuestiones claves, como la ética o la interpretación de la realidad. Tal vez sea una manera de compensar esa mala política de eliminar las asignaturas que ayudan (no garantizan, pero ayudan) a pensar sobre la vida, propia y colectiva.

Ha aumentado, en efecto, la publicación de libros de filosofía en varias de sus ramas, ética, filosofía política o de la ciencia, con especial hincapié en la salud. A todas luces, se trata de una necesidad de entender la vida y lo que nos rodea en unos tiempos más bien mediocres y en los que no parece que haya grandes alternativas y las grandes doctrinas tradicionales, por su parte, han entrado a su vez en crisis.

En el caso del libro a reseñar y a recomendar, *¿Está bien pegarle a un nazi?*, de Jaime Rubio Hancock, no se trata de un ensayo sesudo sobre cuestiones filosóficas, sino más bien de un texto que va destinado a formular un planteamiento práctico. Porque desde luego no hablamos de una necesidad que sea ajena a nuestras propias

vidas o se limite a lo especulativo, si la filosofía no es aplicable en lo cotidiano, y lo cotidiano va desde lo que debemos hacer en el día a día con lo que nos rodea a cómo confrontarnos a cuestiones como la bioética, la cuestión de los vientres de alquiler o la asistencia a los emigrantes del Mediterráneo como responsabilidad colectiva, por hablar de temas de enorme interés, entonces es mera especulación gratuita e inútil. Y esto es así porque en nuestra vida cotidiana nos enfrentamos a un sinfín de dilemas que debemos resolver muchas veces acudiendo a planteamientos éticos. En un momento en el que parece que domina lo superficial y las decisiones rápidas, casi sin compromiso, con un exceso de artificialidad y de populismo, nos damos cuenta de la necesidad de saber(nos) responder con cierta seriedad y Jaime Rubio Hancock nos lo plantea, casi nos confronta a ello. No sólo acude a cuestiones que nos afectan como individuos, sino también como personas que formamos parte a una sociedad, lo que nos ayuda también a entender claves políticas y sociales.

El libro cuenta con la aportación de la ilustradora Lalalimola, pseudónimo de Sandra Navarro, que en absoluto distorsiona el objetivo del libro, sino que le añade mayor ironía a las cuestiones planteadas.





Foto: Pinterest

Por Juan A. Herdi

Final de Fiesta

Hizo el recorrido habitual: comenzó en Satanasa a medianoche, como era ya su costumbre desde hacía mucho tiempo, la de iniciar la fiesta allí, en ese antro de estética siniestra y ambiente un tanto bronco y marginal, aunque se le atribuía la fama de salaz y divertido, el que más en toda la ciudad, y hora y media después, como no encontró a nadie conocido y apenas estableció contacto visual alguno, sin ir más allá en ninguno de los casos en los que lo tuvo, entre bailoteo y alguna copa, se fue al Confort Moderno, siempre más tranquilo, nada que ver con Satanasa, incluso podía ser su reverso. Nos había dicho Paula, nuestra cronista erudita de la noche, o la pasaba leyendo y escribiendo cuentos y largas odas o la pasaba recorriendo garitos, antros, matutes, cuchitriles

y tugurios varios, que El Confort Moderno era más para pijos, niños bien y zangolotinos que buscaban ese lado oscuro nocturno y canalla del que no gozaban por lo general en sus vidas cotidianas y así escapar por un rato de la mediocridad de la burguesía moderna, que nada tenía de discreto encanto, el título de Buñuel era irónico, cuasi burlesco, había proclamado alguna que otra vez Paula, que hablaba de lo humano y lo divino con desparpajo, mientras que también hacían lo propio los meros imitadores de la pijería local, aquella muchachada desclasada por pertenecer a una franja social difícil de definir y autoproclamada como clase media, ahora tan mayoritaria, al menos en la subjetividad de muchos de sus valedores que no tenían muy claras sus afinidades so-



ciales o se dejaban llevar por las modas o convencer por discursos vagos e idealistas, en todo caso era ésta más zafia y ostentosa que aquella, y así burguesitos y clasemedieros se encontraban en aquel antro que no asustaba demasiado a novios o novias más formales, si los había, y a los que se llevaban de parranda, o mejor dicho: de noche loca, así lo llamaban, *noche loca*, sin tocar por ello los más canallesco y por tanto, consideraban, más peligroso. Yo lo detestaba. A Tomás, por el contrario, le encantaba, lo afirmaba siempre a quien le quisiera escuchar cuando peroraba sobre la cuestión de los garitos nocturnos, qué chulo El Confort Moderno, decía de forma casi infantil, y unas pocas horas después me dijo, más bien para escandalizarme, que era por los rubitos esos de los barrios altos que se pasaban por ahí y él los seducía. No me escandalizaba la tendencia que presumía, a mí que cada cual hiciera lo que quisiera, sino que él no lo fuera de verdad, sólo aparentaba, yo estaba convencido de que sólo quería dar una imagen, pues se le iban luego los ojitos tras las mujeres hermosas y algo abundosas de carnes, que él era flaco, un tanto escuálido, y siempre atraen los contrarios, ya se sabe. Por eso a mí me ponía Paula, Paulita, tan flaca, tan en los huesos, y es que se alimentaba de bocadillos con una loncha de queso nada más, y le costaba comérselos enteros cuando medían más de un dedo, y también, le solía comentar yo, se nutría de los poemas de Baudelaire, de Rimbaud o de Verlaine, los poetas de cuando todo era posible, decía ella, cuya poesía se sabía de memoria, en francés, *bien sûr*, y los recitaba de vez en cuando, a menudo sin venir a cuento, eres una exhibicionista, Paulita, yo le repetía a veces, con falso tono acusatorio, aunque no de lo que debieras exhibir, añadía, y ella se reía mientras que yo intentaba toquetearle su cuerpo, puro hueso, ya digo. Pero tal cual, a lo que íbamos, no era ni de lejos Tomás lo que aparentaba ser, me consta, lo simulaba no más, a mi parecer como consecuencia de aquel desengaño amoroso por aquella nenita, una patricia, de apellido muy difícil por tan germánico y conso-

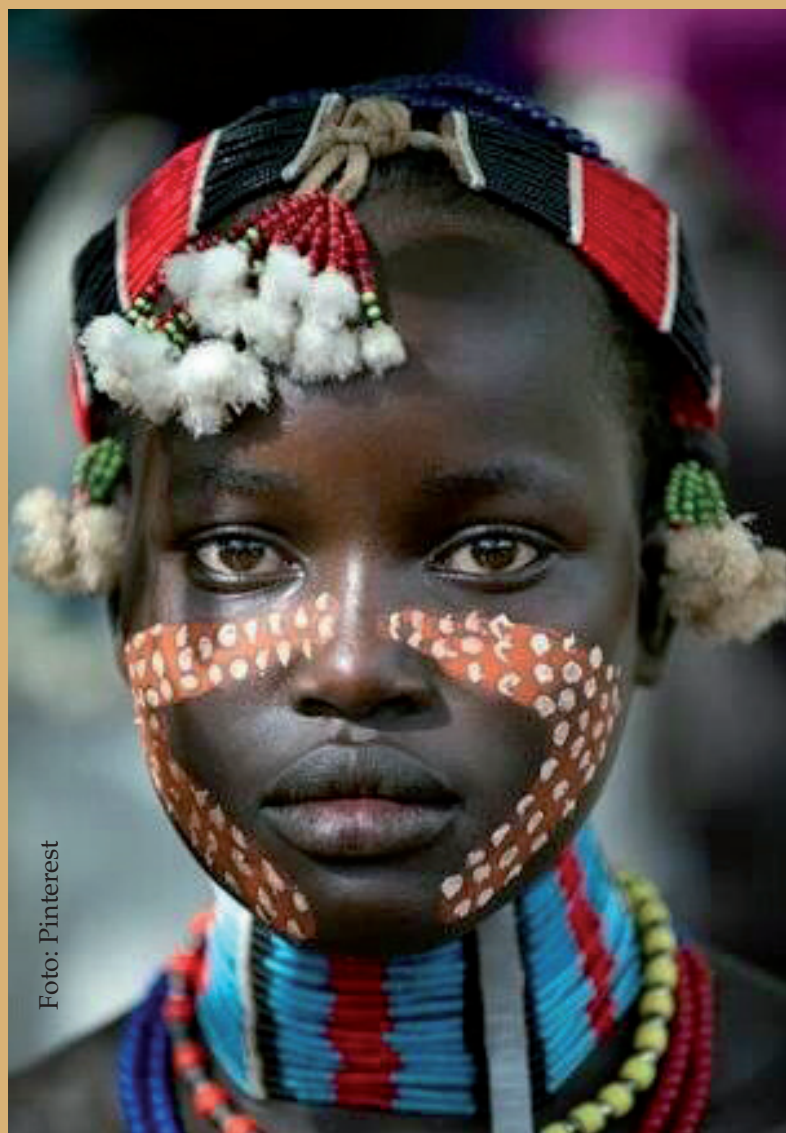


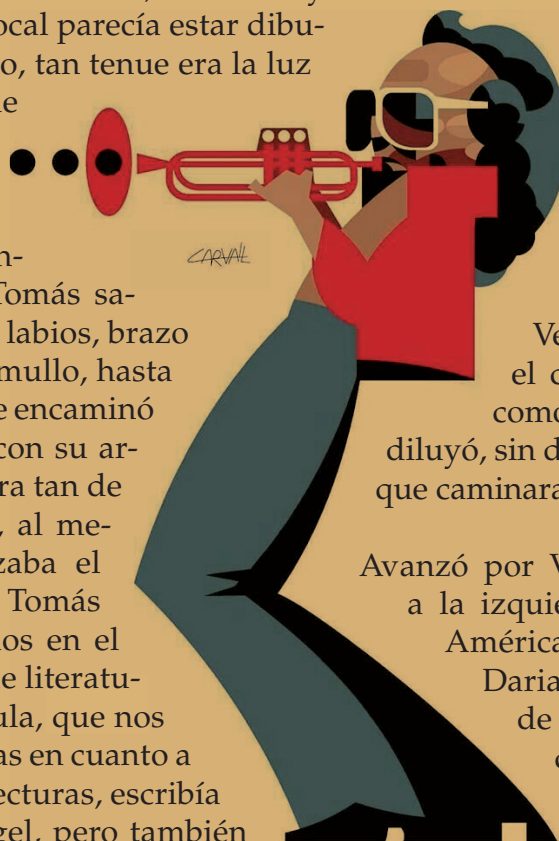
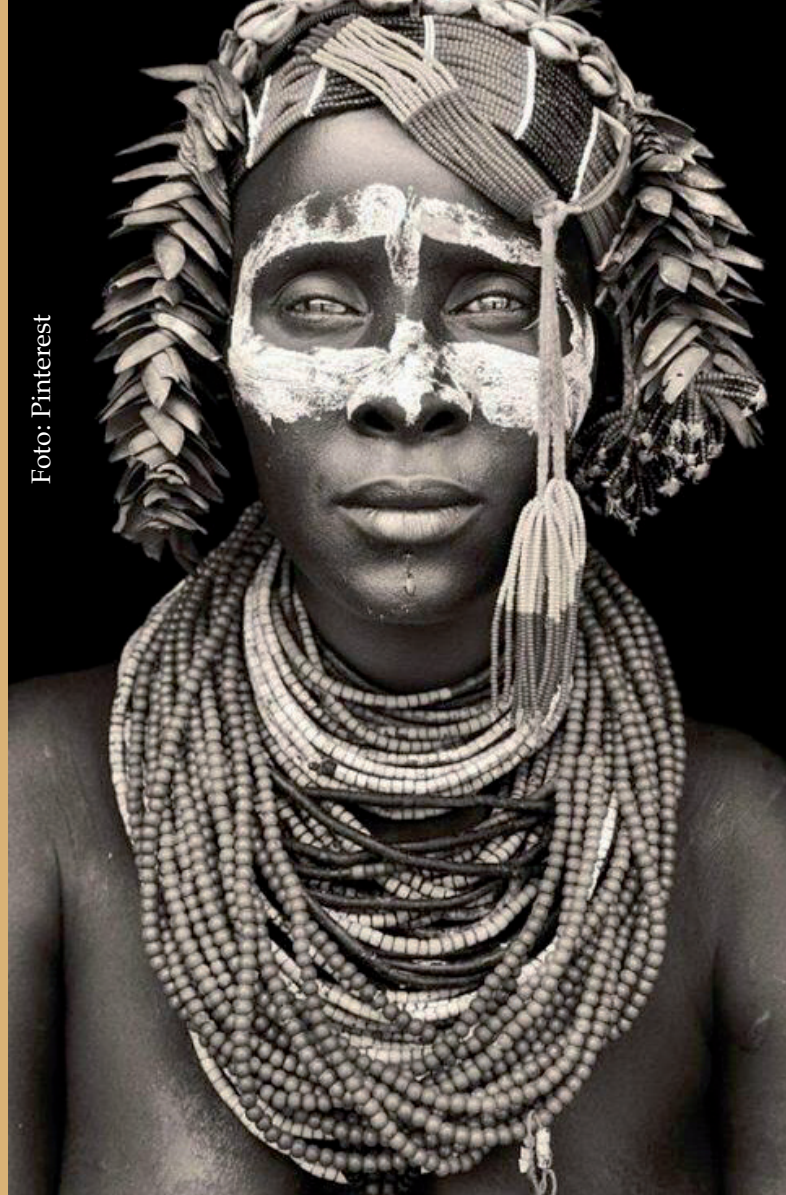
Foto: Pinterest

nántico, de quien se había enamorado hasta las tronchas unos pocos años antes, sin que ella le aceptara cuando, después de meses de indecisión, hizo de tripas corazón y le declaró amor eterno. De ahí resbaló hacia una estética más espeluznante y maléfica con tintes de heterodoxia sexual, como la de esa noche, que iba gótico total, un chaquetón negro hasta los pies y su rostro pálido por efecto de los afeites, dibujando alrededor de los ojos unos contornos negros que ensalzaban el blanco ocular. De este modo llamaba la atención, pretendía epatar al burgués bien pensante, eso decía al menos él, en un tiempo en que ya nadie se escandalizaba por nada, más si cabe en el Confort Moderno, a donde se iba para ver lo raro, y ahí estaba él con sus aires provocativos y luego, dependiendo del éxito de la noche,



de la compañía o de la música, que solía ser buena, eso sí que es verdad, se demoraba un buen rato para luego marchar a Metálica o, si era ya tarde, a Garaje, de estética más dura. Allí nos solíamos encontrar a menudo y nos encontramos de nuevo porque a mí Paula me había arrastrado una vez más a Garaje, a ella le atraía ese ambiente disipado de cuero negro, pectorales al aire y sudor agrio. Yo andaba cansado y saturado por las horas sin dormir, las cervezas y el agobio de tanto gentío mientras que Tomás y Paulita se marcaron sus buenos bailoteos con una energía que yo envidiaba en mis adentros, que buena rabia me daba ser tan tímido y cortado, tan parado y hasta estrecho de miras, tal vez fuese yo quien se escandalizaba, aun cuando lo negara, nada deseaba más que dar una imagen desenfadada de mí mismo y que me considerasen a vuelta de todo, uno de los suyos, pero tal vez el cenit lo fuera yo, pese a repetir una y otra vez que nadie se epataba en nuestros días. Sea lo que fuere, los envidié de veras hasta que se cansaron de bailotear. Salimos de Garaje cuando ya estaba amaneciendo, hacía frío y la plaza delante del local parecía estar dibujada en blanco y negro, tan tenue era la luz a esas horas en las que lo propio sería despertar. Asumimos el fin de la velada, no fue menester preguntarnos qué hacer y Tomás saludó, cigarrillo en los labios, brazo en alto y sonoro murmullo, hasta luego, chicos, luego se encaminó por la calle Velasco, con su arboleda y esa penumbra tan de agradecer en verano, al mediodía, cuando azuzaba el calor y muchas veces Tomás y yo nos refugiábamos en el Café Verde a hablar de literatura, a menudo con Paula, que nos daba dos o más vueltas en cuanto a sapiencia literaria y lecturas, escribía además como un ángel, pero también

Foto: Pinterest



íbamos en invierno, cuando había que huir de la lluvia y el frío, siempre con los libros como tema, sobre todo los libros, lo que más nos gustaba, lo que nos salvaba de la angustia, el tiempo y el esplín. Pero a esa hora la calle Velasco parecía envuelta aún en el crepúsculo y la calina, fue así como Tomás desapareció, casi se diluyó, sin dejar rastro, como alma en pena que caminara sin prisa hacia el más allá.

Avanzó por Velasco hasta Calabria, torció a la izquierda, atravesó la Avenida de América, ascendió por la cuesta de Daria, calle ya estrecha, ambiente de barrio de toda la vida y bares que aún no habían abierto para los desayunos de mañana de domingo con periódico

y mucha calma. Se lo encontró en la esquina de Daria con la Plazoleta de Barlovento, anclado sobre una puerta de madera, el último portal junto a la esquina. Tomás lo observó como si vaticinara lo que iba a pasar, aunque sin ponerse por ello nervioso, la vida es así, pasa lo que tiene que pasar y de nada vale hacerse mala sangre. Siguió andando, indiferente. El tipo lo miró cuando ya estaba a pocos pasos. Abandonó su pose imprecisa e indolente, se irguió cuando Tomás estaba a su lado, impasible aquel al aspecto un tanto grotesco por los afeites corridos y el ropaje negro, desgajado, algo mugriento que a esas horas Tomás portaba, somnoliento.

- ¡Eh, tú, moñas, dame lo que tengas!

Tomás no se detuvo. Su corazón se apresuró, es cierto, pero siguió avanzando como si

aquel tipo fuera apenas un poste en su camino, lo ladeó y siguió indiferente, aunque vio que el charrán metía la mano en el bolsillo, llevaba una churi, sin duda, consideró, pese a lo cual siguió adelante sin hacer el más mínimo caso, ni una mueca de preocupación en su rostro, para qué, y el gañán pareció por un instante extrañado por no haber dado el susto pertinente y no haber despertado el correspondiente temor.

- ¡Eh, tú! ¡Julandrón!

La voz sonó ya a su espalda. Escuchó el leve murmullo metálico de la navaja al salir la hoja. Pero tampoco se asustó entonces, sobre todo porque lo que ascendió desde la boca del estómago hasta la garganta fue una rabia ácida, incontrolada. Tal vez por no esperado el charrán no vio el puño que raudo acudía contra su nariz, sólo sintió el golpe seco y el ruido brusco de que algo se desencajaba dentro de sí, cayó para atrás aunque logró que la caída no fuera tan tosca, sus manos lograron suavizarla y la navaja se le fue de entre los dedos y se perdió bajo un coche allí aparcado.

- ¡A mí no me llamas tú julandrón!

El tipo lo miró asustado, los ojos abiertos y aterrados, la sangre le manaba a chorros, apenas se le veía ya la nariz, un bulto desfigurado tintado de rojo, y a punto estuvo de mendigar el perdón si no fuera porque Tomás, sorprendido de sí mismo, se dio la vuelta y siguió su camino, ya vuelto en sí de la somnolencia trasnochadora, melancólico y rabioso, no por aquel intento de atraco ni por el insulto inadmisible, sino por aquel amor frustrado, el primero de sus grandes fracasos, ignoraba los que estaban aún por venir, que había recordado de pronto con los primeros rayos de sol, la patricia había vivido en aquel mismo barrio que aún era el suyo, y se confrontó con su frustración a cuestras que no había perdido intensidad y había ganado no poco en desencanto doliente y a todas luces colérico, se le había vuelto materia amarga que le corroía por dentro. Pero además, me lo dijo al contarme lo sucedido, nadie tenía derecho a insultar a nadie por muy julandrón que fuese o lo pareciera.

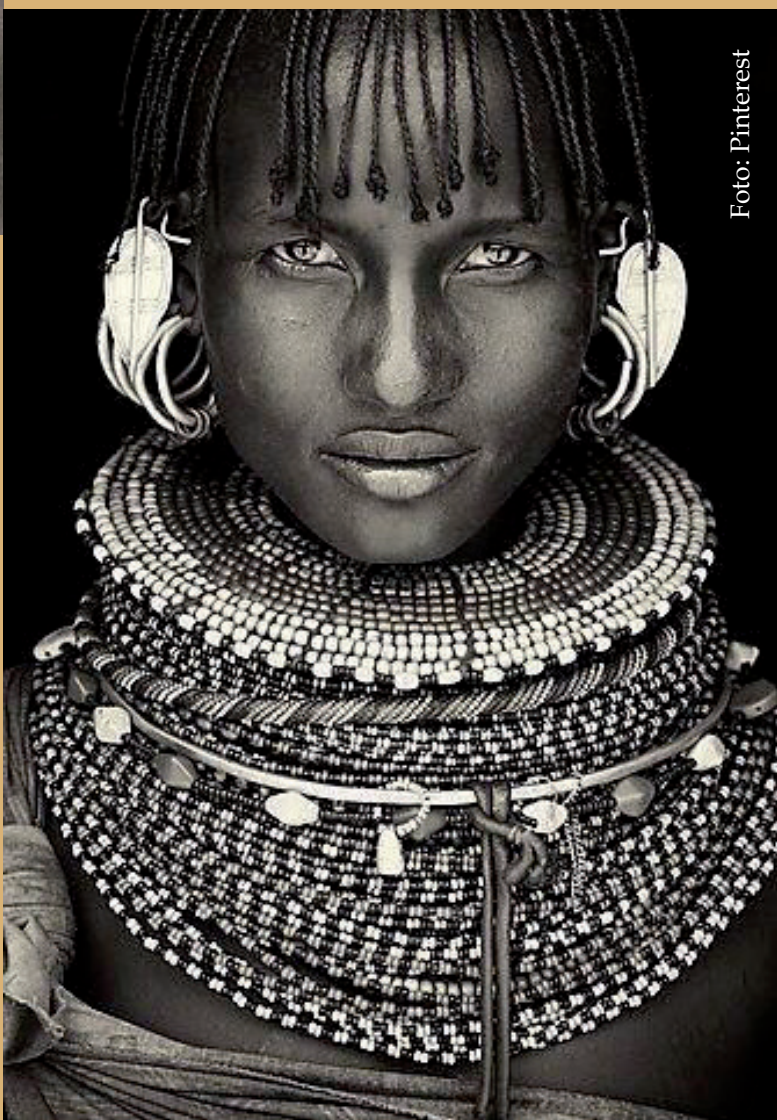


Foto: Pinterest



No es un día cualquiera

La entresaca de folletos publicitarios y el rasgar de sobres con el esmalte de uñas exhausto son un ejercicio de obstinado apretar de dientes. Jorge arrastra las zapatillas por el linóleo hasta la encimera donde Amalia ha dejado caer al descuido el fajo de papeles que trae del buzón.

—Ponte algo de ropa —le dice sin ganas, para que él conteste lo de siempre:

—Si no voy a salir de casa...

—Un poco de aire no te vendrá mal.

Y entonces viene la carita de cachorro apaleado, sin afeitar, el pelo despeinado y las manchas en la camiseta de tirantes.

—He regado las plantas —se excusa y ella lo besa en la frente mientras le acaricia las loras.

—¿Has cenado ya?

—Siéntate, ya te preparo algo —contesta, solícito.

Amalia se quita los zapatos y los amontona bajo la silla, no le apetece llegarse hasta el taquillón. Escucha cómo forcejea Jorge con unas latas en la cocina y se entretiene en clasificar el odioso correo. Aviso de la compañía de gas, extractos bancarios diversos, un sobre rosa con sus nombres escritos a mano, operación Renove para las ventanas, enciclopedias de autoayuda, descuentos de ensueño en una liquidación de alfombras persas, más extractos de la caja de ahorros o la proterva compañía de teléfonos anunciando la eliminación del roaming como si fuera una concesión graciosa y no un imperativo legal. Cuando va a hacer una bola de papel con los panfletos, nota que el fucsia es bastante grueso. Jorge y Amalia en letra redonda, de niña buena, de la que se escribe despacio y la lengua entre los dientes. Jorge y Amalia, formando un paquete indisoluble como en los viejos tiempos tras una serie de sobres en los

que solo figuro yo porque el negocio de Jorge se esfumó y no puede tener nada a su nombre. Le llega el aroma a sardinas en tomate y se da cuenta de que tiene más apetito del que debiera tras una jornada de vender ropa confeccionada en Extremo Oriente y aguantar los roces “involuntarios” del encargado. ¿Quién escribe a mano en un sobre rosa los nombres y no pone la dirección? Alguien se ha tomado la molestia de colarse en el portal y meterlo en el buzón en persona. «¿Han llamado al portero automático, cariño?». Le llega su voz desde la cocina, le dice que sí,



pero que no ha contestado y solo ha pulsado del botón de apertura. Con la que está cayendo... cualquier día se encuentra en la puerta a un cobrador del frac y él tan campante.

Abre el sobre y huele el perfume que se mezcla con las sardinas del plato que le pone delante, pisando la esquina de algunos papeles del banco, junto a medio envase de paté y algo de pan del que ha comprado por la mañana. «Come», le dice y le arrebató el sobre de entre los dedos. Se asoma al interior entre la pinza de sus dedos, dejando manchas de grasa en los bordes. «Nos vamos de boda», anuncia con una sonrisa, como si le hubieran dado una buena noticia. «¿Quién?», pregunta Amalia y Jorge contesta que la prima Silvia, la de Ciluengos. Deja de untar el paté y murmura una palabrota que enarca las cejas sin arreglar de Jorge. «Tú alucinas, lo mismo piensas ir en camiseta», le espeta Amalia señalando sus axilas peludas. Se levanta y deja la comida en la mesa. Ya no tiene hambre, solo ganas de quitarse el maquillaje de oferta y quedarse a solas con el espejo del aseo. Oye las zapatillas de Jorge por el pasillo. Mientras desliza el algodón por el contorno de sus tristezas, le ve mirarla desde la puerta con una mano en cada jamba y esa expresión de perpetuo arrepentimiento.

«A ver cómo te excusas, Jorge. Yo paso», anuncia sin darse la vuelta aunque se le vea la derrota. «El membrete es precioso», le contesta Jorge como si eso lo arreglara todo. «Quedan dos meses, ya me saldrá algo». Amalia estrella el desmaquillador contra el lavabo y le llama idiota. Con unos arreglos, puede volver a ponerse el vestido de flores o pedirle uno a Eva, que tienen la misma talla. A Jorge aún le quedan corbatas.

Mañana no podrá negarse a las insinuaciones del baboso de su jefe.





Poemas de Luis Miguel
Rodrigo González

Parque El Paraíso (Distrito San Blas)

Hay barrios de iluminación escasa,
incluso a plena luz del día,
donde la muerte,
luciendo su negrura sin tapujos
—como los chulos los botines de domingo—
se sienta a sacar filo a su instrumento
sobre cualquier bordillo, banco o escalera,
y no hay quien le dirija una palabra
o una mirada de reproche
aunque deje perdidas las aceras
de óxido, tristeza y limaduras de metal.

Hay zonas, en mitad de las ciudades,
que parece que no han pagado sus tributos,
que están fuera de la jurisdicción de la cor-
dura.

Hay algunos sitios que el ser humano aún
no ha conquistado aunque tengan semáfo-
ros, estancos y quioscos.

Perduran a la vuelta de la esquina.

Poemas de Luis Miguel
Rodrigo González

Poema con vocación de lumbre

Un río seco no es un río,
sino arenal, camastro de neumáticos,
sillas desvencijadas y desperdicios varios.

Una casa vacía no es una casa
sino féretro de moscas y hospicio de pelusas.

Un mantel sin manchas no es mantel
sino aislamiento que asfixia la madera,
mordaza de las mesas,
superficie lavable que oculta los rayajos
con que se escribe la verdad.

Un hombre obediente no es un hombre
sino proteína cultivada
para engorde de gusanos.

Un poema no es cauce de palabras
sino lugar donde quedarse.



ENCADENADOS

Carla, con una copa de vino tinto en la mano, se sienta en su mesa de trabajo. Enciende el ordenador mientras bebe un sorbo, intentando localizar esos matices afrutados del caldo que ella nunca logra definir. Su semblante se dulcifica hasta esbozar una sonrisa. «¡Qué importa que no capte los sabores! Me gusta...», piensa y centra su atención en la pantalla.

Dirige el cursor hacia el icono de un archivo: «FUGA DISOCIATIVA», que destaca sobre los demás al estar caligrafiado en mayúsculas. Tras un suave clic, el documento se expande en la pantalla, dejando a la vista una lista de nombres encabezada por Agatha Christie.

Desde que, siendo una adolescente, Carla comenzó a leer sus novelas de misterio, se sintió atraída por la personalidad de la escritora. Máxime tras adentrarse en su biografía y conocer ese fragmento de su vida, uno de los acontecimientos más enigmáticos de la historia de las letras, en el que desapareció durante once días. Agatha Christie mantuvo un obstinado silencio sobre este asunto y se llevó el secreto a la tumba. ¿Huida frustrada o pérdida temporal de memoria?

Para dar respuesta a esta pregunta, Carla quiso novelar lo ocurrido y buscó información. «La fuga disociativa se define como un trastorno caracterizado por la realización de viajes inesperados, lejos del entorno habitual del sujeto, en los que el individuo es incapaz de recordar...». Sin embargo, el proyecto inicial quedó relegado al descubrir, con asombro, el número de escritores que, en los últimos tiempos, protagonizaron ausencias similares a la de la célebre escritora británica.

A diferencia de Agatha Christie, ninguno de ellos gozaba de un status social y cultural elevado, y lo único que les unía, aparentemente, era su afición por escribir en redes sociales. Sin embargo, Carla había localizado un vínculo entre todos: la fecha de aparición de uno coincidía, siempre, con la desaparición del siguiente.

Carla desplaza la mirada por el listado hasta llegar al último nombre: Amber Collins. Minimiza el archivo y abre una carpeta del escritorio virtual, que contiene varias fotografías descarga-

das de Internet. Pincha sobre la instantánea de Amber Collins. En ella aparece una mujer alta, esbelta, con una larga melena cobriza, que posa de espaldas al objetivo. Intenta buscar en su lenguaje corporal, algún gesto, algún indicio, que le permita dilucidar qué historia esconde, pero su ademán estático no le trasmite nada.

Focaliza su interés en el paisaje del fondo, tratando de localizar el punto hacia el que mira. De repente, como en una ilusión óptica, el horizonte comienza a distorsionarse, incluso parece adquirir movimiento. Aprieta con fuerza los párpados para alejar la sensación mareante que la atenaza. Sin embargo, cuando abre los ojos, comprueba que no ha sido un engaño de sus sentidos, sino que la imagen ha cambiado: Amber se ha girado. De un manotazo tira la copa de vino, que derrama su contenido por la superficie de la mesa y resbala hacia el suelo. Fija la vista en el líquido rojo que, rítmicamente, impregna la moqueta en pequeños círculos, como si fueran gotas de sangre.

Ploc...

Ploc...

Ploc...

Sale de la abstracción e inspira con fuerza para serenarse. Recoge la copa y limpia el reguero de vino, resistiendo el impulso de mirar la pantalla. Sin embargo, de reojo, como en una serie de fotogramas, capta los movimientos de la mujer acercándose. Su mente se debate entre el desconcierto y la curiosidad.

—Es imposible... razona mientras se obliga a sí misma a mirar el terminal.

Carla nota la adrenalina en el cuerpo, el pulso acelerado en las sienes. El encuadre de la fotografía ha variado a un primer plano del rostro de Amber, que levanta el dedo índice y la señala. Traga saliva e intenta alcanzar el interruptor de apagado, pero su mano se queda varada a medio camino al ver agrietarse el cristal del monitor. Su cerebro necesita unos segundos para procesar toda la información.

La figura de Amber se materializa ante ella con dolorosa nitidez.



www.nevandoenlaguinea.com